

trato de la carne con la carne engendra hastío. Y el trato de un espíritu con otro espíritu suele traer tibieza y desilusión, pero el trato del alma con la tierra es, cuanto más frecuente, más íntimo, y más selecto cuanto más familiar; porque la tierra — con las frondosidades y las arideces que son de ella, con el cielo que está sobre ella y el mar que en ella yace — es dócil e imperiosa y tiene paz; yo no sé de pláticas como sus silencios, ni de silencios como aquellos que suscita en el alma el sonar mayestático de sus ritmos; el ritmo de las aguas, el ritmo de los vientos, el ritmo acelerado de la vibración luminosa, de ese vaiven de burbujas radiantes con que la calidez del sol estremece y solivianta el aire.

Aquí en Castilla, sobre un jardín, a prima tarde en meses de verano, sobre la arena que arde de los paseos, sobre las hojas blancas y lacias de la cino-glosa, sobre las polvorientas hojas de la parra, sobre las pocas rosas y los geranios multicolores, tiéndese el aire

lleno de sol; y todo se está quieto, arrebujaado en la estival modorra; ni siquiera las sombras se mueven. Y cuando todo calla se escucha un run-runeo constante, acelerado, soñoliento, que se siente subir, que se mira ascender, que hace elevarse el alma; ¡es el aire que vibra estremecido por el sol! — Y si se alzan los ojos, se ve el azul del cielo, aneblillado por un velo de luz: es el tejido por las burbujas de aire, recaldadas y ajoyeladas por el sol, que han ido subiendo, subiendo... Este paisaje es para mí de gozo, tanto, que su recuerdo me consuela en todas las tristezas que echa el invierno sobre mi cuerpo y sobre mi alma. Y muchas veces he convidado a compartir conmigo el gozo de este paisaje al espíritu amigo de Antonio Azorín, pensando que bien puede acompañarme en él, ya que soy tan su amigo en la melancolía con que él ve recortarse sobre el azul luminoso del aire levantino, las ramas péndulas de las palmeras.

(Del libro *Motivos*, de Martínez Sierra).

Juan el de Juan Pedro

Juan el de Juan Pedro nació en los Prietos, un caserío de La Roda. Fueron sus padres Juan Pedro y Antonia María. Juan Pedro era el manejero de los Prietos. Los Prietos pertenecían a un señor muy rico que vivía en Madrid. Donde nació Juan, la llanura se extiende inmensa y monótona; la tierra tiene un color de ocre. Al lado de la casa se ven unos olmos viejos; no pían en ellos los pájaros. No hay pájaros en toda la llanura. Unas palomas grises revuelan lentamente, muy lentamente, sobre el cielo azul, siempre limpio; a ratos se abaten sobre los sembrados; al anochecer tornan al palomar.

Cuando Juanico tenía cuatro o seis meses, un día que lo habían acostado en un poyo y que su madre estaba fuera, entró un cerdo en la casa, se llegó al niño y comenzó a morderle y roerle un brazo. A los gritos acudió la madre. Juan quedó para toda la vida con una gran descarnadura en el brazo. Dos años más tarde murió Antonia María.

Juan Pedro se volvió a casar con una viuda que tenía dos hijos.

La madrastra quería poco a Juanico. Apenas le alimentaba; le daba grandes golpes; le encerraba largas horas en las falsas de la casa. Entonces fué cuando Juan Pedro comenzó a beber. Todas las faenas de la casa andaban descuidadas. El amo, que vivía en Madrid, se arruinó; los Prietos pasaron a otro dueño. El nuevo propietario despidió a Juan Pedro. Juan Pedro se fué a vivir al pueblo; trabajaba muy poco; un año después murió y Juanico quedó con la madrastra en compañía de sus dos hermanastros. A los ocho años Juanico no daba señal ninguna de inteligencia; no lo llevaban a la escuela; no aprendía a leer ni a escribir. «Es muy bruto este chico», decían: «¡Jesús, qué zagal más porro!», exclamaban. Juanico recibía más golpes que antes y apenas comía nada. Era alto, escuálido, moreno, feucho, pero tenía unos ojos anchos, unos ojos melancólicos,